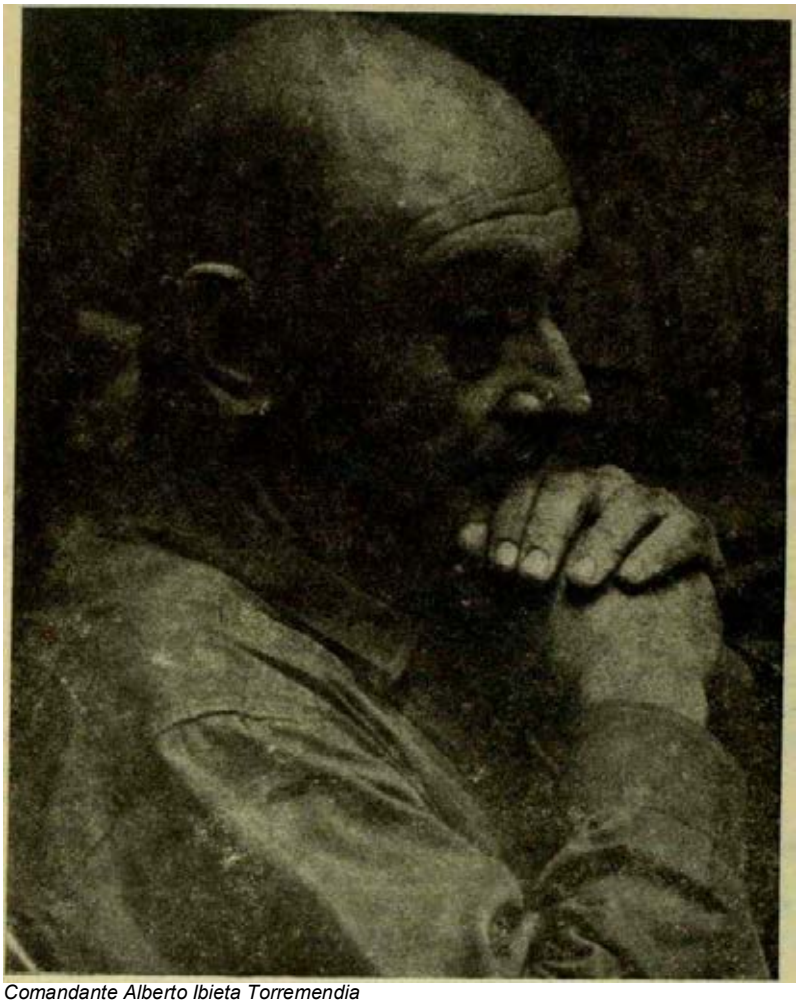

Comandante Alberto Ibieta Torremendia

RELATO DEL COMANDANTE ALBERTO IBIETA TORREMENDIA

COMO SI UN RADIO DIERA LA NOTICIA, EN LA SIERRA SE SABIA OUE IBA A PASAR UN MEDICO... **Y** ACUDIAN LOS CAMPESINOS

Nosotros conocimos a *Fidel* en la Juventud Ortodoxa y empezamos a luchar en esta cuestión desde el 10 de marzo del año funesto en que *Batista* dio el golpe de estado. Pusimos un crespón de luto en la consulta y eso nos valió que nos estuvieran prendiendo por unos cuantos días en aquella época.

Más adelante ingresé en el Movimiento 26 de Julio.

Entonces, en esas condiciones, un día yo supe por el M-26-7 que *Fidel* hacía un llamado a los médicos, y la persona que me encontré fue a *Manolito Suzarte* que, saliendo él de mi casa en Fontanar, parece que lo estaban siguiendo, o cometió una imprudencia del tránsito, porque él no sabía manejar muy bien y lo agarraron preso y perdí mi conexión otra vez.

Con él trabajaba un muchacho que le decían *"el Gallego" Valdés* y entonces a través del actualmente magistrado *Humberto Hernández,* que tenía un hijo, *Humbertico,* que lo habían detenido por allá, volví a establecer contacto con *"el Gallego"* y un día por la tarde me vinieron a buscar *Humberto* y otro joven más, me llevaron a Rancho Boyeros y cogí el avión para Santiago de Cuba.

Entonces yo llegué a Santiago y yo llevaba la identificación metida en el forro de una cuchilla niquelada, que me valió de mucho en la Sierra después, y me sirvió de bisturí.

La entrada nuestra fue por Veguitas, por la loma de la Miel.

Tan pronto llegué allí fue mi primer choque con los heridos. Era un tiro que, por suerte para ella, tenía un orificio de entrada y de salida, no interesaba más que planos musculares, no interesaba

planos óseos, vasos ni nervio, y simplemente, con la cuchilla la hervimos un poco, le hicimos una escisión de los bordes que estaban un poco necrosados y con dos apósitos, en un lado y otro, la compañera curó enseguida.

Entonces *Víctor Mora* no quería que nos fuéramos y tenía muchos enfermos, compañeros que estaban enfermos. Había mucha diarrea en aquél momento por allá, pero nosotros no teníamos medicina ninguna ni él tenía medicinas tampoco.

Nosotros habíamos preparado antes de irnos, pensando en las cosas que podían presentarse, una olla de presión grande que tiene un reloj de 30 libras, con la idea de hacer la esterilización en esa olla de presión; habíamos metido algún instrumental y algunas medicinas y lo habíamos mandado por las vías del Movimiento, y eso no había llegado ni sabíamos nosotros qué rumbo había cogido.

Así las cosas, ya avisaron que teníamos que seguir camino hacia la Sierra. Entonces, cuando se enteraron que había un médico, empezaron a llegar los enfermos de toda la zona de los compañeros y los campesinos que estaban trabajando en la cosa aquella que tenía *Víctor* allí en toda la recopilación de alimentos y de cosas, y todo el mundo estaba enfermo con diarreas y abscesos, infecciones de la piel por falta de baño y esas cosas así, y les estuvimos recomendando la higiene y las cosas que debían tener y salimos con un compañero, que si mal no recuerdo se llamaba *Antonio Castillo,* que era un guía que tenía la madre enferma y él tenía interés en salir enseguida.

Yo estaba bastante gordo, y como expresara el compañero *de la O,* el temor mío siempre fue no poder caminar en la Sierra, y el acicate mío no lo fue la compañera *Vilma,* el acicate mío lo fue en La Plata ei compañero *Martínez Páez,* porque yo lo veía con la agilidad que él caminaba; y yo me caía en todos los ríos, tenía una protección de fango en la región glútea, en el pantalón, de caerme constantemente. Resbalaba por la Sierra.

Yo soy del llano, yo no sabía caminar allí, y una cosa que había observado era cómo caminaban los compañeros de la Sierra y cómo bajaban las lomas, y las bajaban flexionando las rodillas y que no tenían lesiones del menisco. En cambio, muchas personas se vieron en la Sierra, que no eran de la Sierra, que bajaban de pie, apoyando el pie en extensión, y tenían lesiones en la rodilla.

Entonces fuimos por toda la Sierra caminando, la yegua no salió a caminar allí y yo salí a pie, y cuando llegamos a casa de *Castillo* él nos consiguió un caballo. Estuvimos una noche y un día y atendí-

mos a la mamá del compañero, y después seguimos viaje, mirando enfermos por toda la zona, porque venían donde estaba él, se le aparecían por el camino: "en tal lugar hay un..."

Parecía aquello que había habido la noticia de que pasaba un médico, como si un radio hubiera dado la noticia, y los compañeros estaban enterándose; se trasmitía en la Sierra a distancias enormes que iba a pasar un médico. Entonces venían los campesinos y nosotros teníamos que desviarnos constantemente a atender los compañeros que estaban enfermos.

En uno de esos campamentos nos enteramos que había tres médicos que estaban perdidos —lo que relataba el compañero *Ordaz*— que eran él, *Trujillo* y *Faustino,* y eso estaba de La Plata, a un largo tramo y ya se sabía por allá.

Entonces nos desviábamos. La cuchilla —como les decía— me sirvió de bisturí: abrí abscesos, curé, hice de todo; la afilaba con una piedra, la afilaba y después la hervía y eso me servía de bisturí. Ese fue el instrumento que yo tenía hasta que llegué a La Plata.

El compañero *Ordaz* ayer relataba un hecho que yo recuerdo perfectamente bien, porque me impresionó mucho; me impresionó mucho y fue una cosa que nos pasa muchas veces a los médicos: la impotencia nuestra ante la muerte, cuando a un enfermo no lo podemos salvar de ninguna forma.

Por esos días fue cuando estalló el obús a *Geonel Rodríguez* y *Carlitos Mas.*[41]

A las muchachas que estaban allí no les pasó nada, las botó por la ventana y no les pasó nada, porque después ellas estuvieron trabajando conmigo y siempre me hacían el cuento.

Entonces esos compañeros estaban indefectiblemente muertos cuando llegaron allí. Uno de los compañeros tenía una fractura de cráneo y sangraba por el oído, tenía una otorragia, y nosotros enseguida que lo vimos sabíamos que se moría de todas maneras.

Nosotros ayudamos en la operación a *Trillo,* que fue el que la hizo, y en la otra también; en las dos. Pero era una cosa infructuosa, por luchar, porque mientras hubiera vida había que luchar.

Entonces esa fue la cosa que más impresionó en los primeros momentos cuando yo llegué allí a la Sierra.

[41] **Véase Nota 4.**

En aquellos momentos se estaba construyendo el hospital de La Plata.

LA OFENSIVA

Entonces yo era el más nuevo y me dejaban el hospital, y como a todos los médicos les gustaba tirar su tirito y les gustaba salir, pues los demás se iban, los llamaban a ellos, y a mí me dejaban en el hospital.

Entonces me dijeron que tratara de acondicionar un cuarto lo mejor posible, para hacer el cuarto de operaciones, el cuarto de recepción de los heridos más graves.

Todos los días yo me había trazado la meta de caminar desde la casita hasta el hospital, del hospital a la casita, a la casa del Santaclarero, para bajar un poco de libras de peso, y efectivamente bajé 50 libras, y cuando bajé las 50 libras ya me sentía ágil, saltaba de una piedra a otra en el río y no me caía.

Estuvimos allí atendiendo aquellos cuarticos. Por suerte para nosotros, no fue necesario para nuestros heridos, pero sí para los casquitos, que agarrábamos muchos y había muchos heridos. Entonces se atendieron allí a los casquitos.

Así las cosas, se trataron allí muchos enfermos, recibimos muchos casquitos enfermos que hablábamos con ellos respecto a la forma en que ellos habían sido reclutados y el porqué venía a combatir, y les explicábamos por qué estábamos luchando. Muchos se iban convencidos y otros, después cuando *Fidel* los soltó, volvimos a hacerlos prisioneros; los menos. Sobre todo los heridos, ya no volvían más en ninguna otra tropa.

Fernández Melt. Los que soltamos allí, en Las Vegas, cuando subió *Iglesias de la Torre en* el primer grupito aquél, completicos los volvimos a coger en el tren de Santa Clara.[18]

Dr. Ibieta. Estuvimos en La Plata; no tuvimos ninguna infección, que yo recuerde, de tétanos, ni tuvimos gangrena gaseosa. Lo que sí tuvimos —parece que eso sí nos ayudó mucho— fueron los gusanos

[18] **El 24 de julio de 1958 se entregaron a la Cruz Roja Internacional 253 prisioneros, entre ellos 57 heridos. Estos prisioneros fueron recibidos por los delegados suizos *Pierre Jacquier* y *Jean Pierre Schorlzer* ante la presencia del brigadier general del Ejército de Batista, doctor *Iglesias de la Torre,* del capitán *Durán Batista,* del mismo ejército, y de los contingentes de la Cruz Roja Cubana, con los delegados de La Habana, Santiago de Cuba, Matanzas, Bayamo, Holguín y Camagüey.**

de la mosca, y nosotros peleábamos con los cocineros y les decíamos que no botaran los huesos próximos al hospital porque la mosca verde, que era la que depositaba la queresa en las heridas, venía al olor de la sangre de los bien, y entonces las infectaban. Nosotros nos dimos cuenta que eso nos había auxiliado muchísimo y que por eso no habíamos tenido ningún tétanos, ninguna gangrena gaseosa, que son cosas muy graves en un medio como aquél, porque el gusano protege las heridas de estos gérmenes.

Aprendimos a utilizar una yagua para improvisar un aparato con férula, como una férula de Brown, para inmovilizaciones, y pudimos hacer la observación que cuando la yagua está fresca, se puede moldear, ella dobla sus bordes hacia dentro y hace compresión. Tuvimos esa experiencia, lo aprendimos allí. Muchas veces esperábamos que cayera por la noche una yagua para irla a buscar, para hacer un aparato que necesitábamos para una Abbottopia ortopédica.

Llegó un momento en que aquello estaba lleno, y se presentó —yo no había salido de La Plata, ya yo había bajado de peso y podía caminar— que iban a mandar a los heridos y a los casquitos que iba a soltar *Fidel* para Las Vegas primero y después para Las Mercedes.

Entonces fuimos el compañero *Faustino, Aldo Santamaría* y yo como médico, para entregar los prisioneros. Fue aquella una marcha enorme, yo creía que no llegaba; *Aldo* parece que lo comprendía, y como estaba más fuerte que yo, podía caminar más que yo, en algunos momentos para ayudarme, se tiraba en el suelo y me invitaba también a tirarme en el suelo. Y eso era un descanso y un alivio.

Al fin llegamos a Las Vegas. Allí por primera vez conocimos al comandante *de la O;* lo vimos montado en un brioso corcel blanco, un caballo moro, mosqueado, que iba cruzando el río. Allí conocimos también a *Ramírito*.[19]

EN EL TERCER FRENTE

Ya después de unos días allí, regresamos en un *"jeep"* donde venía *Celia,* venía *Fidel;* entonces fue que yo le planté a *Fidel* que yo

---

nesto (Che) Guevara. **Hoy es miembro del Buró Político del PCC y Ministro del Interior.**

quería ir con Almeida, que retornaba a la dirección de su frente —yo estuve tratando de ver si podía ir con *Camilo* o con otro, pero bueno, *Almeida* era el que no tenía médico—. Yo hablé con *Sergio* y me dijo que *Almeida* no tenía médico, entonces se lo planté a *Fidel* y me *autorizó.*

Ese día llegó la cazuela que yo había preparado —la olla de presión — a La Plata, que la llevó uno que era un arriero que la trajo a través de Camagüey — que era *Medina*—; la cazuelita mía le gustó a todo el mundo, pero yo no la soltaba, y *Almeida* no quería que yo la llevara, porque Almeida me había conseguido un mulito para que yo fuera en el mulito, y entonces después de mucho discutir, me dijo: “allá en Santiago hay de todo”, y yo le decía que no había de nada; él insistía en que había. Le dije: “mira, la cazuela sirve para ablandar los frijoles, los ablanda en el acto”. Entonces accedió y me dijo: "pero tienes que ir a pie, porque todas esas cosas que tú llevas tienen que ir en el mulo”, le digo: “bueno, yo voy a píe”. Y a las dos de la tarde salimos; no habíamos caminado ni una legua cuando dijo un aguacero "aquí estoy yo", y no se veía ej que caminaba delante de nosotros.

Entonces, pues, empezamos la marcha aquella. Eso fue a principio de agosto. Cuando llegamos a Aguarrevés allí estaba guardada la comida, y el río se metió y viró aquello al revés. Lo único que encontramos fue una latica de leche condensada que estaba metida allá; yo me quité la ropa y me tiré a buscarla allá, en. el fondo del agua, y saqué una latica de leche condensada. Era toda la comida que llevábamos para toda la tropa durante el resto del tiempo.

Nos cruzamos con el compañero *“Vilo" Acuña,* que ya lo habíamos conocido. El primer tiro que yo tiré en la Sierra lo tiré con el rifle de *"Vilo",* que me lo prestó para que tirara un tiro.

Así, llegamos a La Anita. En la Anita estuvimos acampados un tiempo; allí había un hospitalito y había llegado en esos días el Comandante Páez, que había venido por Santiago. Allí en La Anita había una epidemia de gripe, que aquello era... Todo el mundo estaba con el gripe ése que tumbaba; nada más había sulfa, muy pocas cosas; para el catarro lo mejor era la comida y estaba escasa.

Ahí estuvimos hasta que la aviación nos sacó a cohetazos de La Anita. Fue el primer hospitalito que nosotros tuvimos en aquel frente.

De La Anita nos fuimos para Los Lajiales, estuvimos poco tiempo en Los Lajiales. Allí tuvimos un compañero herido que le habían dado un tiro en el brazo. *"Lilito" Tabares,* que es Teniente; y el pobre tenía lesión del plexo y aquél brazo estaba inútil; tenía unos dolores enormes, había dos o tres compañeros más, heridos en Los Lajiales, y después de Los Lajiales nos pasamos para La Lata. En La Lata empezamos a construir un hospital, se construyó un hospital que existe todavía en La Lata y se prestó asistencia allí, a ios compañeros.

Después nosotros hicimos un hospital también en Nimanima Arriba, en casa de los Borges, que estaba cerca de Santiago. Eso fue con vistas a la preparación del ataque a Santiago. También por otro lado, en La Loma del Gato, donde estaba *Rene de Los Santos* —también nosotros íbamos a ese frente, siempre íbamos con *Al- meida*—, se puso un hospital, se preparó una enfermería, ahí se atendió a *Vecino,* al Capitán *Fernando Vecino,* cuando le dieron el tiro.

En Limoncito, comandancia de *Guillermo García,* se hizo un hospital. En Limoncito nosotros tuvimos un aparato de rayos X de 15 miliamperes, de dentista, que se había cogido en el hospital de las Ventas de Casanova, y una cama Fowler. Yo quería ir a las acciones, pero *Almeida* no me dejaba; lo único que me dejaba era que pusiera cerca el hospital o que fuera con ellos, pero no me dejaba tirar un tiro. Nunca me dejó; el único que me dejó fue *Guillermo.*

Nosotros mandamos a buscar a Palma líquido revelador y placas; lo preparamos y lo metimos en unos pomos ámbar y lo metimos en el refrigerador. Entonces por la noche, en un inodoro que había en una tienda, —porque esto era una bodega—, utilizando una plantica eléctrica que tenía la bodega, apagábamos todas las luces, para que tuviera fuerza, tirábamos la placa y la revelábamos en un lavabo y en una palangana dentro del inodoro. Entonces con el mismo papel que traían las placas cubríamos el bombillo y hacíamos un bombillo de luz roja. Con eso revelamos e hicimos muchas placas. *Fernando Beulefer,* por ejemplo, se fracturó un tobillo brincando una cerca en un combate; le hicimos una reducción y le hicimos una placa de comprobación; y quedó perfectamente bien.

Atendimos a muchos campesinos en el hospital, y también por ejemplo, la mesa del hospital de Limoncito era el mostrador de la bodega. Allí hicimos una amputación al Capitán *Gener Luna* —le amputamos el brazo—. El compañero *Luna* fue herido en el ataque a Gladys, en el Puente Gladys, que se había mandado a volar porque

iban a pasar unas tanquetas o algo por allí, y lo sorprendió la avioneta y lo hirió con fragmentos de granada; le hirió en el brazo, en el tórax, penetrándole los fragmentos, rozándole la pleura, y las rodillas. Hirieron a dos compañeros más entraron tres a buscarlo, entonces a *Luna* no se le pudo sacar, no lo encontramos porque parece que al no querer soltar el rifle —llevaba el rifle en la otra mano— se arrastraba y con la pérdida de sangre se desmayaba, se quedaba en la yerba, y la avioneta no lo volvió a ver, —por suerte para él— ni los compañeros lo encontraron...

Pero a los otros compañeros la avioneta los descubrió y remató a los dos heridos y mató a los tres que fueron a buscarlos. *Luna* se pudo sacar del lugar a las 11 de la noche, a esa hora más o menos llegó al hospital y estaba en estado de *shock;* no teníamos suero, es decir, suero fisiológico era lo que había.

Teníamos clasificados a los compañeros por grupo sanguíneo en una medallita que le colgábamos en el cuello. Entonces no estaban en Limoncito los clasificadores de grupo. Mandamos un mensajero y a las 5 de la mañana llegó el mensajero.

Ya habíamos operado a Luna con un poco de pentotal; había un enfermero que no sabía coger la vena —decía que era enfermero, pero no lo era—; yo daba la vuelta por el mostrador, le enseñaba cómo tenía que inyectarlo lentamente, venía para mi lugar cuando estaba anestesiado y empezaba a hacer la amputación. Le saqué las esquirlas que le estaban rozando la pleura, le saqué un fragmento de metralla que tenía en la rodilla; y por suerte a los 15 días *Luna* estaba de alta en el hospital. Y por ahí anda *Luna* con un brazo que fue a hacerse a Alemania; no han tenido ni siquiera que regularizarle el muñón, porque aquello quedó perfectamente bien.

EN EL LLANO

El 27 de octubre fue que yo atendí al Teniente Coronel de la dictadura *Nelson Carrasco Artles,* en Ramón de Guaninao, donde atendí al estudiante universitario *González,* que se había herido en un muslo y estaba en una casa de Ramón Guaninao. Salimos, está ahí mismo y eran las dos de la mañana y llegamos como a las 8 de la mañana. Era un pueblo donde entraban y salían las máquinas que iban para Santiago. En una tienda que había allí atendimos al compañero y lo llevamos en el *"jeep".*

Después a *Carrasco* lo hirieron y yo estoy con *Almeida* en otro lugar, entonces salimos enseguida para allá; habían herido en

aquel momento a *Fernando,* y a *Rodolfo, "el Habanero",* lo volvieron a herir allí también y a otros compañeros más. Yo no tenía nada de anestesia, lo único que tenía era morfina, la utilicé con los compañeros nuestros y con *Carrasco.*[4]*

A *Carrasco* lo atendimos en una botica que estaba en un hospitalito improvisado que hicimos; le habían dado un tiro en un tobillo y lo operamos con una morfina.

Tuve un accidente en un caballo. Un día bajé aprisa con un caballo, resbaló por un camino hacia abajo y me produje una fractura del tercio inferior de la tibia.

En Palma nos pasó en la clínica del doctor *Chiliano Heredia,* lo siguiente; allí tuvimos muchos heridos; nosotros hicimos cuatro transfixiones con alambre de Surgaloy por una fractura de fémur. Entonces, esos cuatro compañeros son nuestros únicos casos de tétanos, que fueron bastante leves y que se asistieron aquí, en La Habana posteriormente, y que no les pasó absolutamente nada. Fueron los únicos casos de tétanos que nosotros vimos en todo el tiempo, y fue ya en la ciudad, en una clínica, en un salón bastante bueno. Nosotros operamos también a *Evelio Saborit* en el hospital de Palma, que lo habían herido en el combate de la toma de Palma Soriano, y tenía una bala de un Springfield alojada con fractura de columna; no había seccionado ni había hecho daño, pero estaba haciendo compresión y le producía unos dolores enormes. Entonces lo operamos y le hicimos la descompresión. Aquello fue feliz y *Saborit* anda por ahí perfectamente bien.

La cosa que yo quería significar es que en el campo no tuvimos infecciones, y yo creo que los compañeros tienen muchos esa experiencia y deben haber tenido que hacer cosas graves en el medio de la Sierra, en una bodega, en un mostrador, y curar las cosas rápidamente y que en cambio en los hospitales de las ciudades habíamos tenido esa contingencia.

(Granma, diciembre 7 de 1967, a. 3 n. 300 p. 3).

[44] Véase nota 22.